

A 20 AÑOS DE LA MUERTE DE CLAUDIO ORREGO VICUÑA

# CARTAS PRIVADAS

¿Violación de correspondencia? No, aunque varias de su centenar de misivas lleven posdatas del tipo "no divulguen lo que les cuento porque es confidencial". Adelantamos aquí trozos de la abundante producción epistolar de uno de los decé más queridos por moros y cristianos, que acaba de publicarse. Recriminaciones a Brunner, Ávila y Ravinet; consejos a Huepe, petición de explicaciones a Pinochet, Gordon, Merino; anécdotas y una mirada humana de nuestra historia política reciente, contienen sus páginas.

XIMENA TORRES CAUTIVO

"E n menos de cuatro meses, Dios nos ha llevado al mejor de nuestros viejos y al mejor de nuestros jóvenes", argumentaba el periodista Hernán Millas, para sentenciar que 1982 era un año aciago.

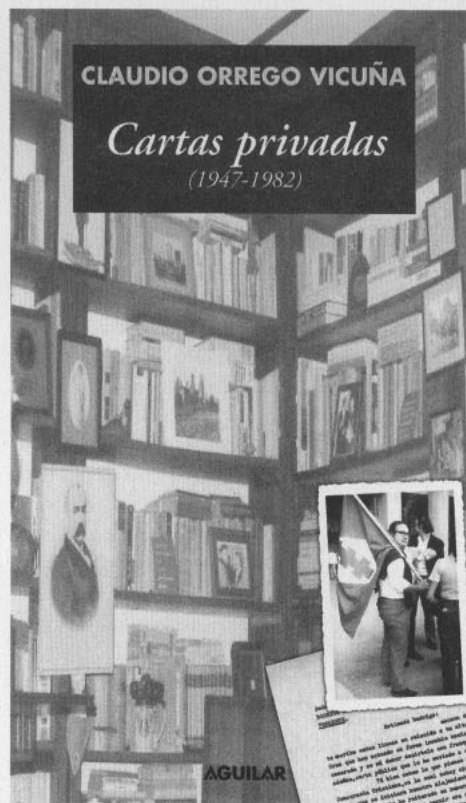
Escribía en junio de ese, para él, infausto 1982, cinco días después de la ida del "joven": Claudio Orrego Vicuña, y a cinco meses de la partida del "viejo": Eduardo Frei Montalva. El primero murió víctima de las complicaciones de una hepatitis aguda, con apenas 42 años; el segundo de las todavía extrañas consecuencias de una en principio sencilla operación al estómago, a los 71 años.

La Democracia Cristiana perdía a dos de los suyos, a dos —como dice un decé antiguo, recordando a Bertolt Brecht— "de los imprescindibles". Ambos, el joven y el viejo, el gordo y el flaco, habría que agregar, se escribieron numerosas cartas desde que se conocieron. Misivas donde la admiración y el respeto de Orrego por Frei y el cariño de este por el joven militante son evidentes. Los dos compartían no sólo el mismo ideario, sino una afición que ahora, en pleno imperio de

internet, parece especialmente anacrónica, pero que había empezado a extinguirse a comienzos del siglo veinte. Dicen que Eduardo Frei Montalva lo lamentó más de una vez: "Es que hoy existe tan poca costumbre de contestar".

Claudio Orrego Vicuña era la excepción a la regla, y, por lo mismo, el corresponsal ideal para el entonces presidente y para una larga lista de destinatarios ilustres de su abundante correspondencia. Ayer en la tarde, en el antiguo Congreso, parte del producto de esa afición fue presentada por un trío variopinto: el ex presidente Patricio Aylwin y los sociólogos Patricia Matte y Tomás Moulian, pariente política ella y amigo de juventud él.

*Cartas privadas (1947-1982)* resulta sorprendente incluso para el escritor Guillermo Blanco, quien tuvo a su cargo el prólogo. "Yo no tenía idea de que existían todas esas cartas de Claudio. Las leí completas, una me llevaba a la otra, porque son un magnífico documento de esos años. Yo he pensado mucho en esa época. Época muy ideologizada, para bien y para mal, en que estábamos arrebatados por cambiar el mundo, y terminamos por no ceder en nada y perdi-



b2617c



"Lo tengo en mis retinas el día en que nos recibí en septiembre, tan joven y lleno de vida... Ayer vimos los funerales por la TV, era para partir el alma ver a la Jackie con sus dos hijos de la mano..." escribe a sus padres Claudio Orrego, conmovido por la muerte de Kennedy, y recordando la ocasión de esta foto. Él y Valentina, a la derecha, su mujer, aparecen en primer plano.

mos el arte de negociar", cuenta.

Cómo se conservaron no es tan difícil de responder si se piensa en que Valentina Larraín, su mujer, es competente secretaria; lo fue durante años del colegio Saint George, alma mater de su marido y de sus cuatro hijos (uno de ellos es Claudio Orrego Larraín, el ex ministro de Vivienda de Ricardo Lagos). Y lo fue también, ya viuda, del ex presidente Patricio Aylwin.

Blanco, el prologuista de Orrego ("a quien le encantaba agregar el Vicuña a su apellido paterno, por la gran admiración que sentía por su bisabuelo Benjamín Vicuña Mackenna"), piensa que su amigo conservó esa enorme cantidad de cartas, porque "tenía un tremendo sentido de la historia". Y, ciertamente, así están escritas muchas de ellas, con un tono mayor, una redacción cuidada y elocuente, como si el escribiente todo el tiempo tuviera conciencia de que en el futuro podrían hacerse públicas, incluso aquellas que llevan posdatas del tipo "todo lo que les cuento les ruego no lo divulguen porque lo considero confidencial".

Todo este epistolario cargado de sentido histórico no impedía, sin embargo, que muchas de las cartas fueran repartidas por Orrego Vicuña en su desvencijada citroneta, como recuerda Guillermo Blanco, quien no por nada tituló su prólogo "Don Quijote en citroneta".

Leemos: "Es un día -cualquier día- durante la dictadura. Oyes sonar el timbre de la casa. Antes quizás entreoyeras el ruido clásico de un motor de citroneta. Es Claudio.

Viene a escape. Jadea cuando trae mucha urgencia. 'Vine a dejarte esto'. Es su última producción. Ensayo, carta o proclama. Una vez más: sean lo que sean, esos papeles son Claudio, repartidor a domicilio de sí mismo. Los textos suelen estar impresos a roneo. Hablan de República, justicia, deberes ciudadanos".

También hablan de amor, de amistad, de la utópica comunidad de amigos en la que soñaba vivir, de los conflictos de su Democracia Cristiana (los de entonces que se parecen mucho a los de ahora), de sucesos trágicos y de episodios cómicos. De la vida misma. Y al hacerlo sus interlocutores son desde "Bimbo" (como llama en 1969 a un juvenil José Joaquín Brunner) hasta Jaime Guzmán, pasando por "Genarín" (su correligionario Genaro Arriagada), la escritora Isabel Allende, el almirante José Toribio Merino, el general Gordon, el sacerdote José Miguel Ibáñez Langlois, el actor Jaime Celedón, el general Pinochet, el ex ministro Jorge Cauas... y un largo etcétera que convierte a estas *Cartas privadas* en un apasionante paseo por la historia reciente de la mano de un especialista al que se le reprochó una vez que escribía más rápido de lo que se le podía leer.

## 1947-1965

A Álvaro de la Barra, Claudio Huepe, Jorge Kindermann, Álvaro Barros, Álvaro Covarrubias, Ramón Downey, Hernán Rojas y Hugo Nally, integrantes de "la Comunidad" o el grupo de los "feucos", que surge a partir de la Federación de Estudiantes de la Uni-

versidad Católica y de la Acción Católica Cristiana como una instancia de reflexión religiosa y acción cristiana. Escrita desde Lovaina, el 13 de noviembre de 1963, donde Claudio Orrego Vicuña terminó su licenciatura en sociología, en respuesta al parte matrimonial de uno de los feucos, el peliliso Claudio Huepe, a quien llama "el Crespo".

Dice en un tramo: "La Rucia (se refiere a Valentina, su mujer) cocina y hace el aseo, yo hago el lavado de los platos, ollas y cubiertos, bajo el tarro de la basura y ayudo a la organización de la vida hogareña... No tener empleada le da a la mujer un sentido mayor de propiedad y de pertenencia a su hogar y al hombre, el sentido del sacrificio de su incorporación efectiva a las responsabilidades de la vida compartida y le hace sentir el fin de la libre vida de soltero".

En una carta, esta vez personal al novio Huepe, fechada el 26 de noviembre de 1963, le aconseja: "Es increíble la tranquilidad que este estado trae al alma y la enorme madurez que exige de inmediato el nuevo trato que tienes que darle a tu mujer... Es la diferencia que hay entre pensar por uno mismo y tener que comenzar a pensar por dos... El otro problema grave es el de las relaciones con los amigos solteros que siempre te colocan tentaciones... es ahí donde hay que realizar la más profunda de las transformaciones en el nuevo estado para no considerarse prisionero de obligaciones tontas".

La muerte del presidente John F. Kennedy pilla a los Orrego-Larraín en París. En una carta escrita el mismo día que la anterior a

Huepe, Claudio les cuenta a sus padres: "...fue un golpe demasiado grande. Lo sufrimos comiendo en un restaurante y se nos llegó a indigestar la comida. Todavía lo tengo retratado en mis retinas el día en que nos recibió en septiembre, tan joven y lleno de vida... Ayer vimos los funerales por la TV, era para partir el alma ver a la Jackie con sus dos hijos de la mano... Pasando a los pelambres, creo que el punto negro de la jornada se lo han llevado los maricones de los presidentes de América Latina, pedigüños inmundos y despreciables incapaces de movilizarse por nada que no sea pedir plata prestada. Era el momento de que hubieran demostrado en Estados Unidos de que a Kennedy se le reconocía el mérito de haber sido de los pocos que trataron de entender nuestros problemas y que era el mejor interlocutor que nunca habíamos tenido en Washington".

Otra misiva a los "feucos", del 18 de diciembre de 1963: "Yo visualizaría así nuestra comunidad: un terreno comunitario común en algún lugar dentro o en las cercanías de Santiago. Las casas individuales por

pareja, distribuidas independientemente en un gran jardín (porque la pobreza no significa para mí aridez ni fealdad; sólo simplicidad y ausencia de lujo provocativo), teniendo al medio un edificio común donde esté la capilla, con el Santísimo presente si es posible, y una biblioteca común y que sea abierta a mucha gente". Después de largos detalles, sintetiza el asunto así: "Creo que hay que salvar tres principios que son fundamentales: territorio en común; la garantía de una vida privada íntima para cada una de las familias; la participación de una espiritualidad común a todos". Luego se dedica a planear cómo financiar la compra del terreno.

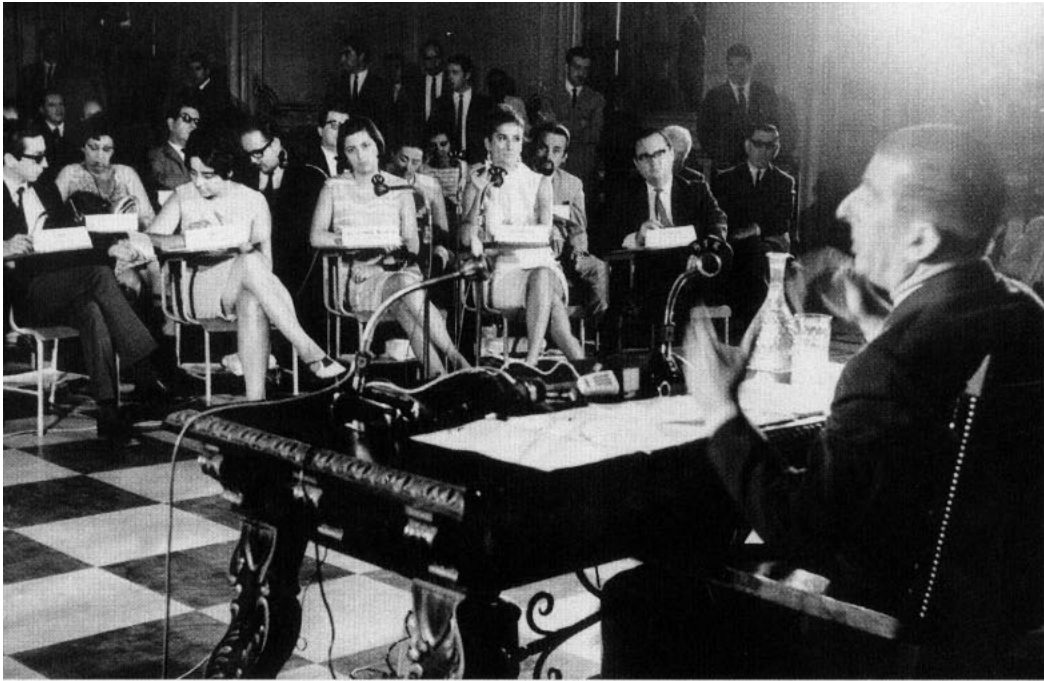
Al mismo grupo, en mayo de 1964, el becado en Lovaina plantea un Manifiesto Generacional para presentarle a Eduardo Frei Montalva en caso de que sea elegido presidente. "La idea es la siguiente: el gobierno DC tiene que crear desde un comienzo en Chile un ambiente de cambio y *chorismo*, tenemos que demostrar que somos distintos a todo lo que se ha conocido antes". Con Frei, ya en La Moneda, le envía una épica misiva que en uno de sus tramos, expresa:

"En la lucha para derrotar los privilegios, la miseria, la enfermedad, el analfabetismo, los jóvenes profesionales pedimos un lugar de vanguardia".

Otra carta a sus padres. Eduardo Frei Montalva está en visita oficial en Francia. El texto es de junio de 1965 y se deshace en elogios para la primera dama, a quien Orrego y Valentina visitan en su suntuoso alojamiento oficial, el Palais d'Orsay: "A la Maruja la peinaba el maricón de Alexandre; a vista y presencia nuestra y ella nos contaba cómo desde las joyerías elegantes le mandaban todos los días a ofrecer joyas para las *soirées*; no aceptó ninguna. Igual cosa hacían los grandes modistos (Dior le regaló un vestido, harto más penca que uno que le había hecho la Gaby Bordeaux)... Para terminar les contaré que el viaje ha sido una cosa extraordinaria. El viejo De Gaulle fue de una amabilidad salvaje y les dijo las cosas más elogiosas...".

## 1966-1972

Ya instalado en Chile, y a cargo de la dirección de *La Nación*, Claudio Orrego le



Como director de "La Nación", cargo que asumió en 1966, Orrego asiste a una conferencia de prensa de su admirado presidente Frei. Él fue el destinatario de sus cartas probablemente más solemnes.



En un banquete en honor de la reina Isabel, de izquierda a derecha, Raúl Troncoso, Carmen Frei, Eugenio Ortega, Josefina Keymer, Víctor Henríquez, Valentina Larráin, Maruja de Henríquez y Claudio Orrego.



En alegre grupo, los Orrego Larráin con, entre otros, Jaime Celedón, Jaime Guzmán, Edmundo Vargas, Jorge Kindermann.



"Volvió la estentórea carcajada de Claudio Orrego", fue el pie de foto para esta imagen cuando salió publicada.

envía una carta "de cuero de diablo" al hoy diputado por el PPD Nelson Ávila, miembro entonces de la Juventud Demócratacristiana. Ávila había criticado en *El Siglo* su gestión como director del diario de gobierno. Está fechada el 16 de noviembre de 1967 y Orrego le recuerda a Ávila que en otros tiempos existían "ciertas normas de convivencia que no se rompían". La primera de ellas consistía en "tener el coraje de hablarse entre camaradas con franqueza y hombría, sin hacer partícipes a los enemigos de estas disputas. Hoy día, el individualismo y el espíritu exhibicionista parecen haber creado la norma contraria". Y agregaba más adelante: "Nunca, como ahora, había sido la principal preocupación de los demócratacristianos el hacer esfuerzos descomedidos para encasillarse unos a otros en posiciones, previamente, caricaturizadas".

Con fecha 11 de marzo de 1969, Orrego le escribe al entonces presidente de la FECh, Jaime Ravinet, a quien recrimina por haber responsabilizado al ministro del Interior de la época, Edmundo Pérez Zujovic, por medidas represivas reiteradas contra sectores populares. Leemos: "Creo que ustedes han llegado a los límites máximos de la mariconería política... Sé que la FECh no podía ignorar los hechos ocurridos, que a todos nos han producido un doloroso impacto... Pero no sobre la base de aceptar como verdad única el planteamiento políticamente interesado de nuestros enemigos y de concederles hasta la injuria gratuita a Edmundo Pérez y al gobierno".

Otra carta encendida, esta vez dirigida al presidente de la Unión de Federaciones Universitarias Chilenas, José Joaquín Brunner, escrita el mismo día que la anterior, a propósito de los mismos hechos: "Sostener que este es un gobierno fascista y seguir siendo demócratacristiano, es ser un traidor. Al menos en castellano esa es la palabra. Yo jamás estaría en un partido de fascistas aun cuando tuviera que romper con diez años de luchas y con todos mis camaradas de siempre. Pero además sólo denunciaría a un gobierno de mis camaradas como fascista después de haber roto con ellos y de haber asumido con lealtad y hombría la trincherita del enemigo, duro pero noble".

## 1973-1978

Es un lunes primero de octubre de 1973 y Claudio Orrego, quien alcanzó a ejercer por escasos meses como diputado por la DC, se dirige al almirante José Toribio Merino, quien hizo declaraciones durísimas en contra de los políticos a *La Tercera*. "De tal manera injustas me parecen sus palabras, señor

almirante, que ellas constituyen un verdadero agravio al honor cívico de quienes ingresamos a la acción pública movidos por elevados ideales...”.

En julio de 1974, el ex militante decé Jorge Cauas se convierte en ministro de Hacienda de Pinochet. Orrego le reprocha amistosamente: “Cuando te veo asumir estas responsabilidades me acuerdo de que siempre pensamos que la técnica de nada servía si no estaba al servicio de los seres humanos más desamparados”.

La intensidad de las cartas de Orrego va *in crescendo*. En septiembre de 1975 le envía al ex presidente Gabriel González Videla una larguísima epístola. En un párrafo anota: “¡Su gobierno no fue una dictadura en nombre del anticomunismo! ¡Tampoco la policía política fue igual a la Dina! ¡Ni Pisagua tuvo nada que ver con Cuatro Álamos, Ritoque, la Villa Grimaldi y la calle Londres! Usted a los comunistas les quitó sus derechos políticos, pero no la vida”. La respuesta de González Videla se demoró más de un mes en llegar, pero llegó: “...me niego a aceptar la propaganda comunista que pretende que en Chile las Fuerzas Armadas practican la escuela soviética del asesinato y la tortura con los opositores. Un oficial chileno no mata, ni hiere, ni tortura a un prisionero”, sostenía el ex presidente.

En octubre de 1975, el entonces secretario de la Conferencia Episcopal, Carlos Camus, *off the record* emitió duros juicios acerca de la situación política, económica y social que vivía el país. Esas opiniones fueron filtradas por un periodista y provocaron fuertes reacciones de los partidarios del gobierno, incluida la declaración de varios obispos. Eladio Vicuña Aránguiz, arzobispo de Puerto Montt, firmó esa crítica a Camus, y así fue recriminado por su pariente y amigo Claudio Orrego Vicuña: “Nunca antes en la historia reciente de nuestra Iglesia, un grupo de

obispos había demostrado mayor adhesión a un gobierno, ni mayor pasión en defenderlo. Los católicos juntistas tienen hoy un privilegio: evitarse tener que analizar moralmente lo que está ocurriendo”.

Isabel Allende no era la escritora mundialmente famosa que es ahora en septiembre de 1977, cuando desde Venezuela le comentaba por carta a Claudio: “Te había escrito en agosto, pero perdí la carta entre mis desórdenes mentales y de los otros... Espero que esta tenga mejor suerte y te llegue antes que te atrape la Dina”.

## 1978-1982

Antes de la Consulta Nacional convocada por el gobierno militar, Orrego escribió a sus muchos amigos de derecha por qué votarían: “... de esta aventura vamos a salir todos manchados y degradados. Se degradará Chile ante la comunidad internacional al repetir un viejo sainete ya conocido en muchas dictaduras del mundo”, anota en una carta donde sostiene también que su decisión “me costará desagrado y el odio ciego de muchos”.

A Genaro Arriagada, quien estaba becado en Washington, le confidencia en junio de 1978: “... estoy asustado como cuye. Las pasiones de la derecha están agarrando una intensidad que las hace realmente peligrosas. Necesitan defender a Pinochet a toda costa y lo están haciendo con ningún escrúpulo”.

Patricia Matte, compañera de estudios en sociología en la Católica, es casada con Jorge Gabriel Larraín, hermano de Valentina, su mujer. Por eso ayer fue una de las presentadoras de sus cartas y por eso también en octubre de 1980 recibía la siguiente: “Créeme, adorable Chica, que me atormenta y apena que podamos tener visiones tan antagónicas sobre lo que ocurre en un país que es nuestra patria común... El plebiscito de Pinochet me parece una obscenidad política. Creo

que ni el más momio de los historiadores podrá encontrar ningún símil con el cual compararlo en el pasado... ¿Crees tú que alguien consideraría que en Chile hay libre competencia si a la Coca-Cola se le negara el acceso a la TV y a la Pepsi se le permitiera incontrolablemente?”.

En abril de 1981, Claudio conforta vía correo a su “querido Andrew”, Andrés Zaldívar, exiliado en octubre del año anterior. “En el largo plazo, no te quepa duda de que nuestro destino es grande. Representamos la tradición nacional. Somos los herederos de todas las virtudes republicanas. Somos el Chile de siempre, resistiendo, en las catacumbas, el asalto de los bárbaros”.

Estamos en Santiago, el 29 de enero de 1982. Eduardo Frei Montalva ha muerto hace tres días y Orrego se dirige a su hijo Eduardo: “Te reitero mi compromiso, solemne y formal con tu padre, de que asumiría personalmente la tarea de hacerle justicia y verdad a su obra de político y gobernante”. En marzo, el aludido responde: “Creo realmente, sin falso orgullo, que el legado que hemos recibido es tan grande, tan enriquecedor, que es necesario estar a la altura que se merece. De lo contrario, tanto la DC como nosotros, seremos borrados del mapa político, y además juzgados por los miles de chilenos que lo acompañaron en sus funerales, por incapaces, por ineptos”.

La última carta que recibe Claudio Orrego Vicuña antes de su muerte, el 2 de junio de 1982, es de monseñor Bernardino Piñera y está fechada un día antes. Pero no es el último texto de *Cartas privadas*. El libro concluye con su testamento político, escrito en 1974, que en su quinto punto solicita a sus amigos que recopilen sus artículos periodísticos y los publiquen. “No es por vanidad, sino que en ellos hay un valioso testimonio histórico de un decenio dramático”.

“Eso es todo”. Así termina. ■